

Córcega: el tiempo de la impaciencia

ELISABETH SCHEMLA

UNA isla y un pueblo. Córcega sigue siendo la misma de siempre. A pesar de tantas invasiones, de tantas revinculaciones con el continente, que no hay que confundir empero con vinculaciones reales y profundas. Es lo primero que sorprende a quien visita sus pequeñas ciudades y aldeas, que ignoran con altivez los "Mac Donald's" y otras cadenas de alimentación americanas, hoy extendidas por toda Francia, y en cuyas callejas y olorosos mercados resuena el corso con mayor frecuencia que el francés.

Córcega sólo fue nación unos pocos años —entre 1755 y 1768— con ese Pascal Paoli a la cabeza. Ese Pascal Paoli que, en la isla, le disputa a

Napoleón las placas de las avenidas, los rótulos de los restaurantes y de los báres... Los corsos, por lo menos algunos, no olvidan ese período lejano y mítico. ¿Por qué lo que fue posible una vez no habría de serlo de nuevo? Esa es la pregunta, la única pregunta que se hacen los veintinueve independentistas severamente condenados recientemente por el Tribunal de Seguridad del Estado.

Una pregunta a la que ellos ya han dado su respuesta. Córcega puede y debe volver a ser nación insular. Lo dicen con las siglas inventadas en 1976: FLNC (Frente de Liberación Nacional de Córcega). Lo proclaman con esa bandera en la que aparece una cabeza de moro, ceñida por

una cinta blanca, y de la que se consideran únicos depositarios. Lo afirman con las bombas o con las armas —doscientos noventa y cuatro explosiones sacudieron la isla y el continente en 1978, cifra que será seguramente superada en 1979— y con acciones tan escandalosas como el asalto a un cuartel del CRS, "tropas de ocupación", en Ajaccio, la capital, hace unas semanas.

"Sò scemi! Chi ci darà e nostre pensiones?". "¡Están locos! ¿Quién nos dará nuestras pensiones?". La vieja rechaza con un gesto de su mano huesuda y seca a esos hijos indignos que amenazan con arrastrar a la isla a una loca y sangrienta aventura. Viuda enlutada, como to-

das las viudas, portadoras de un luto eterno, representa a la Córcega de los antiguos. Ella se siente corsa y francesa a un tiempo. "Los nacionalistas no dicen sólo tonterías. Pero, ¿por qué rechazar a Francia?". Esa Córcega que siempre ha amado la carrera militar, que perdió treinta y cinco mil soldados entre 1914 y 1918, cuando sólo contaba doscientos cincuenta mil habitantes; que resistió valientemente durante la segunda guerra mundial al invasor italiano y sus pretensiones irredentistas. Millares de monumentos a los caídos tachonan de manchas blancas las carreteras de montaña entre cipreses y castaños, desde la punta del cabo Corso hasta Bonifacio: son también la

Manifestación en Ajaccio para protestar contra el proceso en París de autonomistas corsos.



triste memoria de ese pueblo.
"¡Ah, el tiempo aquel de las colonias!".

Como contrapartida por sus sacrificios, Francia concedió pensiones y jubilaciones. Tal vez escasas, pero los viejos no pueden quejarse de su ingratitud. Gracias a ellas, pudieron vivir cultivando sus pequeñas tierras en bancales, cuidando de sus pequeños rebaños, fabricando sus quesos y recogiendo, año tras año, su cosecha de castañas. Tampoco pueden sentir rencor hacia esa Francia que siempre recibió con los brazos abiertos a aquellos de sus hijos que, un día a la vez trágico y exaltante, en Bastia o en Ajaccio subieron a bordo del "Sampiero Corso" o del "Bonaparte" para probar suerte en el continente o en las colonias. "¡Ah, el tiempo aquel de las colonias!", suspira la anciana. "Entonces no había problemas..."

Desde Dakar hasta Argel, desde Phnom Penh a Saigón, ¡cuántas salidas posibles para sus hijos, efectivamente! Comerciantes, aduaneros, funcionarios, soldados del ejército "colonial" (veintiséis de cada cien eran corsos en la primera mitad del siglo), chulos y ruñanes, los insulares se establecían en todas partes, ocupaban todos los empleos posibles. Sin olvidarnos de los médicos, abogados, jueces y universitarios que hacían sus carreras en el continente. Todos los que han alcanzado mientras tanto la edad madura han ido refugiándose, conforme se achicaba el imperio, en Marsella o París en lugar de volver a Calvi o a Ajaccio. Si en el corazón de estos hombres hay siempre un rincón reservado para Córcega, lo cierto es que ellos se sienten franceses en el fondo. Y si siguen votando en la isla, en cuyas listas electorales están inscritos, es para elegir, al igual que los viejos que jamás abandonaron la isla, a hombres hostiles al independentismo y al terrorismo.

En marzo de 1978, los corsos enviaron a cuatro diputados del RPR (de un total de cuatro) al Parlamento de París. ¡Y que no vengán a de-



Max Simonei, antiguo secretario general de la ex APC, después de los acontecimientos de Aleria, en 1975.

cirles ahora que hubo puchezazo!

En los pueblos, que son como nidos de águila colgados de los montes o atalayas para vigilar los mares y los llanos enemigos, en los rótulos visibles a lo largo de las carreteras, sobre las paredes de las ciudades, el FLNC ha dejado su huella. La proliferación de las pintadas podría llevarnos a creer que el movimiento clandestino cuenta con el apoyo tácito de la inmensa mayoría de los habitantes. Nada menos cierto, al menos por ahora. La manifestación de apoyo a los veintinueve inculcados por el Tribunal de Seguridad, que se organizó en Bastia el 29 de junio, sólo logró reunir a quinientas personas.

Sin embargo, hay una cosa cierta: los corsos no hacen por lo general nada para agravar la suerte de sus compatriotas en aprietos, aunque puedan pensar que ellos se lo buscaron. Subsiste una profunda desconfianza hacia el

Estado central, potencia abstracta y lejana. La insularidad hace de Córcega una sola familia de sólidos lazos.

El arcipreste, Salvador Casanova, que oficia en la catedral de Ajaccio, a dos pasos de la casa natal de Bonaparte, y que conoce la isla y sus habitantes como la palma de su mano, hace hincapié en este rasgo del carácter de los corsos: "Conviene no confundir solidaridad con complicidad. Aquí, cuando un cura bendice un pueblo, como es costumbre todos los años después de Semana Santa, si no se detiene en la casa del comunista, puede provocar la revolución. Pero, en período electoral, los mismos que protestaron contra el cura, pondrán en cuarentena al secuaz de Marx". Actualmente cincuenta y seis militantes del FLNC se encuentran entre rejas. Córcega, por el momento, lo tolera. Ella sólo conoce el límite del que no se puede pasar.

Este particular estado de

ánimo explica, por otro lado, que el Frente de Acción Nueva contra la Independencia y la Autonomía (FRANCIA) —que hizo su aparición en la isla con fondo de explosivos; armas que maneja tan alegremente como los nacionalistas contra los que lucha— carezca de base popular. A los componentes de FRANCIA los conocen todos los isleños por sus nombres y apellidos.

Los militantes del FLNC no tiene nada de "profesionales". "Sin duda, están fascinados por la ETA y tratan de establecer contacto con otras organizaciones terroristas. Pero, en fin, son hijos de Córcega, no elementos importados ni infiltrados", nos dice con voz indignada un miembro de la Administración Local nada sospechoso, sin embargo, de simpatías hacia el Frente. "Y aunque no apruebe sus métodos —añade—, comprendo que tengan serios motivos de descontento".

Bastia. Junto al viejo puerto de casas altas y patios angostos, ensordecidos por el vuelo infernal de los martinetes, los turistas degustan tranquilamente sus helados o su Pernod. En el otro extremo de la ciudad, en una terraza azul y blanca sobre el mar, un grupo de jóvenes de ambos sexos forman círculo en torno a una mesa. En sus camisetas llevan grabada la palabra "Corsica". Un militante del PS me introdujo a estos jóvenes airados que no ocultan su identidad y van rápidamente al grano. "Estamos colonizados y no queremos colonización. Hasta ahora, el FLNC se ha cuidado de no causar ninguna víctima. Demasiado bien sabemos qué consecuencias puede tener eso en un país como el nuestro. Pero un día podría producirse el primer muerto...". Rechazan por igual a los regionalistas y los autonomistas. "Hicieron una labor útil en su momento. Contribuyeron a la toma de conciencia por parte de nuestro pueblo. Pero son unos blandos que han optado por

Córcega:

la vía legalista, cuando está más que demostrado que negociar con el Estado francés no conduce a nada".

Los militantes y simpatizantes del FLNC —cuya cifra total es imposible conocer, lo que les permite insinuar que son numerosísimos— cuentan entre dieciocho y treinta y cinco años. Fenómeno nuevo y capital para el futuro; por primera vez en la historia de una isla de tan fuertes y arraigadas tradiciones se ha abierto un abismo entre las generaciones. Porque las costumbres, aunque con retraso con respecto al continente, también aquí evolucionan. Porque la televisión —en todos los tejados se levanta alguna antena— ha abierto al mundo a una isla hasta ahora replegada sobre sí misma. Porque, y esto es muy importante, muchos corsos prefieren quedarse en la isla en lugar de establecerse en la Francia continental.

Sus abuelos creían al país pobre y se marchaban. Hoy, los jóvenes corsos saben que

no es así. Lo han aprendido de la historia reciente de la isla. En 1962 llegaron los "pieds-noirs" de Argelia. Para ellos, en unos meses, la Somivac (Sociedad de valorización de Córcega) desbrozó y puso en riego toda esa llanura oriental de la isla, a la que los pastores llevaban a pacer a sus rebaños.

Los repatriados compraron a bajo precio esas tierras, beneficiándose de indemnizaciones y de préstamos que Francia siempre les había negado a los corsos. Los "pieds-noirs" entendían de agricultura y viticultura esencialmente. Crecieron los viñedos allí donde treinta y cinco años antes hacía estragos la malaria. Estupefactos, irritados, celosos, los insulares asistieron a aquel milagro, del que ellos habían sido excluidos.

Paralelamente, el turismo comenzaba a desarrollarse en las magníficas y salvajes costas de la isla: grandes conjuntos balnearios, clubs de vacaciones en los que promotores y bancos metropolitanos o

extranjeros invertían profusamente. ¿Beneficios para los isleños? Prácticamente nulos. La mano de obra venía del continente, los bienes de equipo y las provisiones, también. La cólera corsa estalló en el drama de Aleria, en 1975, cuando dos gendarmes fueron asesinados. Como siempre, bajo la presión dramática de los acontecimientos, el Gobierno hizo algunas concesiones. "Pero hoy, a cuatro años de distancia, dice el FLNC, los problemas siguen siendo idénticos".

Ni siquiera una Universidad

Córcega no pertenece ya a los corsos: doscientos cincuenta mil habitantes; cien mil forasteros. Para los jóvenes, los córcegos de la "diáspora" son unos traidores. La xenofobia asoma las orejas: "¡Francesi, fora!", es uno de sus slogans. "A Corsica ai Corsi", es otro, mil veces repetido. ¿Qué quieren hacer de su país? "Antes de

nada, una democracia": No es un secreto para nadie que el sufragio universal en Córcega se aplica de forma un tanto curiosa. No hay pueblo donde no hayan votado alguna vez los muertos, o donde el número de votantes no haya también alguna vez superado al de electores.

La supresión del voto por correspondencia (sustituido por el voto por poder) ha mejorado en cierta medida la calidad del escrutinio. Sólo mejorado. Porque los caciques, otra especialidad insular, que hacen y deshacen las elecciones a su antojo, conservan su poder. Los militantes del FLNC están más que hartos de tipos como François Giacobbi, radical de izquierda que tiene en sus manos la Córcega del Norte, como Jean-Paul de Rocca-Serra, que reina en el Sur. "¡Qué victoria cuando ya no haya que votar por un hombre a cambio de que te conceda una pensión de jubilado o un carnet de conducir!".

No hay en Francia región importante que no tenga su Universidad. Pues bien, Córcega no la tiene. Una isla que, sin embargo, proporciona al país un número impresionante de bachilleres y diplomados. A pesar de la decisión adoptada por el Gobierno en 1976, todavía no se han puesto ni siquiera los cimientos de la futura Universidad. Un ejemplo entre muchos.

Antaño, el continente era el exilio. Hoy los jóvenes corsos se sienten exiliados en su propia isla. Que se refugien, exaltándose, en los cantos corsos, en la lengua corsa, en el artesanado corso, en todo lo que puede parecer a la vez acervo cultural y moda.

En unos pocos años, Córcega pasó del regionalismo al autonomismo, y de este último al independentismo. ¿Cómo no pensar en la parte de responsabilidad que en todo este proceso ha tenido y tiene, con su incomprensión, la Francia continental? ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.

Tres mil personas secundaron en Ghisonaccio, en septiembre de 1975, la orden de huelga general lanzada por el Comité antirrepresión corso.

